

El carisma del Beato Allamano en el mundo invisible del pueblo mongol

P. Giorgio Marengo, IMC

Riflessione tratta dal libro dell'Ufficio Storico delle MC "Il tesoro del nostro carisma", Nepi 2023.

1. Introducción

Esta reflexión es el resultado de la experiencia vivida por el padre Giorgio Marengo, misionero de la Consolata, con el pueblo mongol. Nacido en Cuneo el 7 de junio de 1974, creció en Turín, donde asistió a la escuela secundaria clásica Cavour, al final de la cual realizó el curso de formación sacerdotal en el Instituto de los Misioneros de la Consolata. De 1993 a 1995 estudió Filosofía en la Facultad Teológica del Norte de Italia y de 1996 a 1999 Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma). Luego completó sus estudios en la Pontificia Universidad Urbaniana, obteniendo una Licenciatura (2002) y un Doctorado (2016) en Misionología. Hizo su profesión perpetua el 24 de junio de 2000 como miembro del Instituto y fue ordenado sacerdote el 26 de mayo de 2001. Después de su ordenación sacerdotal, en 2003 ejerció su ministerio pastoral en Mongolia en Arvaikheer, donde fue párroco de María Madre de la Misericordia y desde 2016 Consejero Regional de Asia para Mongolia. El 2 de abril de 2020, el Papa Francisco lo nombró prefecto apostólico de Ulán Bator y obispo titular de Castra Severiana. El 8 de agosto fue consagrado obispo en Turín, en el Santuario de la Consolata, por el cardenal Luis Antonio Tagle, prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, creado cardenal el 27 de agosto de 2022.

2. Preámbulo

El carisma del beato José Allamano es ese don de gracia que el Espíritu Santo ha suscitado a través de él para enriquecer a la Iglesia y hacer aún más explícita su misión, en uno de sus aspectos más esenciales: el anuncio del Evangelio allí donde no se conoce y la presencia de la Iglesia visible es nula o completamente marginal. De esta gracia nacieron nuestras dos familias religiosas que se reconocen en esta identidad fundamental, que desde el punto de vista personal podría describirse como la entrega radical de nosotros mismos al Señor para que Él nos utilice para la expansión de su Reino en el mundo, con especial atención a la dimensión de la primera evangelización. del primer encuentro con el Evangelio. Si este es nuestro carisma, es natural que se dirija a las culturas, llamando humildemente a su puerta para ofrecer el Evangelio, encarnado en la persona del misionero; En esta dinámica se inscribe una invitación al diálogo, a la apertura recíproca, que contiene también una especie de provocación, ya que cada encuentro auténtico interpela a las dos partes, permitiéndoles manifestarse y enriquecerse mutuamente. El encuentro del Evangelio con cualquier cultura es, por definición, un momento delicado, una experiencia profunda y compleja, que de hecho tiene lugar con el soplo del Espíritu y debe ser guiada por el Espíritu en todas sus fases. Nuestro Padre y Fundador era muy consciente de ello y, sirviéndose de las categorías teológicas de su tiempo, nos dio un estilo misionero que la misionología más reciente reconocería como particularmente adecuado al contexto actual. A partir de la experiencia de la misión en Mongolia, parece posible trazar algunos subrayados que nos permiten redescubrir toda la belleza de nuestro carisma.

3. Una misión que llega al corazón

La auténtica evangelización no se contenta con permanecer en la superficie, en diálogo con la cultura a la que se dirige, sino que aspira a llegar a su corazón palpitante. Sólo en la medida en que el Evangelio penetra profundamente en los pliegues de una cultura dada, puede aportarle todo su potencial. Hablamos, pues, del "mundo invisible" de la cultura para indicar aquello que corresponde

a su parte más profunda, ese depósito de creencias, ideales, normas, conceptos y roles que subyacen a toda comprensión cultural de la vida. Es aquí donde viene al rescate la imagen acuñada por Edward T. Hall, cuando hablaba de la cultura como el iceberg del sentido común de un grupo ⁹³. Solo el 10-15% de un iceberg es visible -y por lo tanto medible- de su conformación real, porque la mayor parte permanece oculta bajo el nivel del agua. De la misma manera, podemos hablar de cultura: lo que aparece en la superficie es solo una pequeña parte de ella, mientras que las razones principales, las cuerdas vibrantes, deben sondear en profundidad.

Quizás podamos partir de esta imagen para considerar una primera contribución del carisma allamaniano al encuentro con las culturas: para entrar en una cultura determinada es necesario ir a ese nivel donde se deposita su verdadera identidad, aceptando y no reprimiendo el sentimiento de "hundimiento" que acompaña a toda auténtica inserción cultural. Pues bien, refiriéndonos precisamente al "estilo" allamaniano, los misioneros de la Consolata en Mongolia se sintieron invitados a invertir a largo plazo, en el estudio de la lengua, en la asimilación de los elementos más profundos de la cultura local. La insistencia del Fundador en las actitudes de paciencia, delicadeza y mansedumbre les hizo madurar, en primer lugar, la conciencia de que ser misioneros en Mongolia no se puede conciliar con la prisa de querer ser operativos inmediatamente, tal vez aplicando modelos de intervención preestablecidos; Tener un proyecto listo y querer implementarlo rápidamente para lograr resultados visibles es una opción que se presenta fácilmente, pero que al final no da sus frutos; Por el contrario, corre el riesgo de convertirse en una trampa, obligándote a entrar en operaciones - con todo el despliegue de energía y recursos que ello conlleva- sin dar tiempo a entender las necesidades reales del lugar y la forma en que la gente hace las cosas. ¡Cuántas empresas y empresas extranjeras, que han venido a invertir en Mongolia, tarde o temprano se ven envueltas en problemas de gestión y relacionales, precisamente porque no han invertido lo suficiente en el campo de las relaciones interculturales! Si incluso en el mundo de los negocios se nota esta importante dimensión, ¡cuánto más para nosotros!

Es la convicción de que para servir a la misión es necesario dedicarse a escuchar, estudiar y profundizar en el mundo interior que anima a las personas concretas que se encuentran en Mongolia. Esta es, además, una de las características de nuestro carisma: orientarnos a la primera evangelización nos exige estar atentos a cada ámbito de la vida, sin limitarnos exclusivamente a algunos de sus aspectos. Por poner un ejemplo: si el mundo salesiano se mueve correctamente en el campo de la educación – especialmente la educación escolar – de los jóvenes, es natural que su primera atención se dirija precisamente a la escuela, con una alta probabilidad de que sus intervenciones tomen la forma principalmente de la creación de instituciones educativas correspondientes a su carisma. Lo mismo ocurre con otras familias religiosas, cada una con su carisma específico: las Misioneras de la Caridad ya saben que lo más probable es que creen un comedor social o un punto de acogida para personas abandonadas y problemáticas, ya que este es su modo de realizar concretamente el carisma recibido; los Camilos tendieron a entrar en el mundo de la salud a una edad temprana, posiblemente dando vida a clínicas u hospitales. Y los ejemplos podrían multiplicarse. Tal vez incluso nosotros, los Misioneros de la Consolata, fortalecidos por la experiencia de promoción humana vivida en otras partes del mundo, no podamos imaginar nuestra presencia fuera de estas realizaciones concretas. De hecho, en muchas de nuestras realidades, estos son los contornos que han tomado nuestras obras (escuelas, hospitales, centros de reunión social), pero desde un punto de vista genuinamente carismático, nuestro vivir y trabajar no se asocia automáticamente a tal o cual trabajo, porque para nosotros las intervenciones concretas nacen como respuesta a las necesidades locales. que por naturaleza pueden ser muy diferentes entre sí. Puede haber contextos en los que sea necesario que nos involucremos directamente en la salud o la educación o incluso en la asistencia a los necesitados, pero en principio nuestra vocación no se identifica exclusivamente con ninguno de estos trabajos. En otras palabras, el nuestro es un carisma muy específico (la evangelización de los no cristianos), pero se puede combinar en una multiplicidad de logros diferentes, según el país, el contexto específico y el momento histórico en el que operamos. África a principios del siglo XX es una cosa, América Latina en la década de 1950 es otra, y Asia hoy (y, dentro de ella, los países individuales en los que nos encontramos) es

otra. Si en Mongolia nosotros, los misioneros de la Consolata, no tenemos escuelas, hospitales o dispensarios, es precisamente porque, a partir de una prolongada reflexión sobre la realidad en la que vivimos, estimulados por la enseñanza carismática del Fundador, nos ha parecido que esas no deberían ser las obras principales en las que comprometernos. La Mongolia de hoy es un país que hace todo lo posible para responder a las necesidades básicas de su población (y de hecho casi lo consigue) y, por lo tanto, sentimos que no debíamos "competir" con las autoridades, tal vez imponiendo nuestro propio modelo de desarrollo, sino acompañar este proceso con una presencia sencilla y discreta, claramente identificada con el mensaje espiritual del que somos portadores. Abiertos a diversas realizaciones que de vez en cuando surgen de las necesidades reales de la sociedad en la que estamos insertos. Una tienda de campaña mongola que acoge a niños pobres en edad preescolar es una respuesta sencilla e inmediata a una necesidad que se siente en ese territorio; Y puede evolucionar fácilmente hacia otra cosa, cuando la realidad nos lo haga comprender y no sea difícil avanzar en otra dirección, porque no hemos invertido en estructuras físicas y grandes obras, sino en relaciones. Si, por el contrario, nos lanzamos de lleno a proyectos caros e imponentes, quizás a corto plazo podamos conseguir algo significativo y claramente visible, pero a la larga nos encontramos con las manos atadas y ya no somos capaces de adaptarnos a la evolución de la situación.

4. Atención a la persona

En este punto, emerge otro elemento característico de nuestro carisma: la atención a la persona. También aquí podemos partir de los datos que nos dan los estudios de antropología social: la persona que tenemos delante sólo es aparentemente identificable con lo que nos permitimos observar externamente (edad, sexo, vestimenta, aspecto físico). En realidad, esa persona, ya única e irrepetible en su experiencia, es la custodia de un patrimonio estratificado de historia, referencias culturales y religiosas, y adaptaciones al entorno físico circundante. Si no invertimos tiempo, corazón y recursos en conocer el mundo interior de esa persona, corremos el riesgo de quedarnos atrapados en estereotipos que se imponen fácilmente, pero que a menudo representan una deformación simplista. Siempre recuerdo lo que un sabio mongol me dijo un día: "Cuando te encuentras con un mongol en la calle, vestido con el traje tradicional, crees que estás mirando a un pastor de la estepa; En realidad, justo detrás de esos rasgos -que usted, como extranjero, tiende a simplificar en torno a un cliché- se esconde un denso entramado de elementos, de los que probablemente ni siquiera él es consciente: un lenguaje muy original, una larga historia de guerras e identidad nacional, el nomadismo, la visión chamánica de la vida, la influencia budista, el legado ateo del comunismo soviético, el espejismo de un nuevo enriquecimiento fácil... La cultura, la religión y la sociedad se han estratificado en su forma de ser y ver la vida; Si te dejas engañar por las apariencias, sin comprender las raíces profundas que llevan a esa persona a ser quien es en ese momento, nunca podrás comprender a ese pastor mongol que tienes delante y relacionarte con él de manera adecuada»⁹⁴.

Pues bien, nuestro carisma, por estar centrado en la relación con la persona individual y por insistir en el cuidado que debemos tener en custodiar constantemente este diálogo de vida, parece animarnos precisamente en la dirección sugerida por el sabio mongol. Nuestro amor por la persona y por el universo cultural que encarna es una característica carismática que debe caracterizar nuestras opciones misioneras, impulsándonos a un compromiso cada vez mayor de conocer (y eventualmente descifrar) el mundo invisible de los pueblos a los que somos enviados. Para nosotros, en Mongolia, esto se está traduciendo en un proyecto concreto: el de crear un centro de diálogo interreligioso e investigación cultural en la antigua capital del Imperio mongol, ahora llamada Kharkhorin. Esta nueva presencia -que todavía está dando sus primeros pasos- respondería precisamente a la necesidad de dedicar tiempo y corazón al estudio de los elementos que más han configurado la identidad de las personas a las que hemos sido enviados, es decir, la tradición espiritual y las características histórico-culturales.

Esta constante atención amorosa al otro y a su mundo nos ayudará a sentirnos perpetuamente extraños, porque nunca somos plenamente conscientes de la complejidad en la que vivimos. Pero será

una experiencia fecunda de humildad, entendida también desde el punto de vista de la fe como ser perpetuamente "peregrinos y huéspedes", conscientes de nuestras limitaciones interculturales y por eso, quizás, más dispuestos a dejarse provocar por los continuos desafíos de la misión, sin esperar siempre tener las respuestas adecuadas o las mejores interpretaciones.

5. El precioso signo de la comunión

La experiencia del Carisma de allamaniano en Mongolia ha estado marcada desde el principio por la copresencia de nuestros dos Institutos Misioneros. Partiendo de la profunda convicción de ser custodios de un único carisma, conjugado con el masculino y el femenino, las Direcciones Generales de los Misioneros de la Consolata decidieron, en 2002, dar vida juntos a una nueva presencia misionera en un país asiático que correspondiera al propósito original de nuestra fundación: la evangelización en un contexto de mayoría no cristiana. El mandato que recibieron los misioneros incluía precisamente el aspecto de la comunión entre hermanos y hermanas de la misma familia religiosa y, de hecho, fue precisamente a partir de esta experiencia de comunión y colaboración que se formó nuestra presencia en Mongolia. La vida precede a su teorización; por lo tanto, la comunión entre la CMI y la MC es la base de todo el proyecto misionero en Mongolia, porque representa la base sobre la que se construye todo lo demás. El discernimiento misionero y las opciones concretas que se han hecho en estos primeros 17 años en Mongolia se han dado dentro de una vida de compartir y colaboración mutua que creemos que tiene mucho que decir también en relación con el tema de esta reflexión.

El impacto que la comunión y la colaboración tienen en la evangelización es extremadamente positivo. En primer lugar, porque la copresencia de hombres y mujeres consagrados a la misión favorece la complementariedad al servicio de la evangelización. Muchas veces nos hemos dicho a nosotros mismos que si hubiéramos sido solo misioneros o solo misioneras, los resultados de nuestro trabajo habrían sido muy diferentes, nos habría faltado la plenitud (o al menos el intento de alcanzarla) que se da cuando vivimos y trabajamos juntos. Además, la verdadera fraternidad entre los misioneros y misioneras es ya un signo muy elocuente de la armonía que el Evangelio aporta a donde se vive; Esto vale mucho más que muchos sermones sobre la comunión y la fraternidad, y la sensibilidad de las personas a las que somos enviados se siente muy conmovida por este signo. La comunión es algo más profundo que la simple colaboración (ya positiva, sin embargo, y en todo caso necesaria). La comunión es un dato carismático ligado al nacimiento del mismo Fundador y, por tanto, hunde sus raíces en un continuo redescubrimiento de nuestra identidad y se alimenta de actitudes de profundo respeto mutuo y diálogo continuo. La colaboración nace espontáneamente de la comunión; Pero el proceso inverso no siempre es cierto, en el sentido de que es posible permanecer incluso en el nivel puramente funcional de una colaboración práctica, implementada por razones de conveniencia operativa, pero que no involucra tanto a las personas. Este tipo de colaboración funcional es ciertamente más fácil, pero también menos significativa y, sobre todo, menos enriquecedora.

6. La oración como camino de evangelización

Otro elemento carismático que el encuentro con la cultura mongola está ayudando a redescubrir es la dimensión contemplativa de la misión. Que el beato José Allamano fue un hombre de gran oración, formado por una vida espiritual profunda y omnicomprensiva, es un hecho, atestiguado por los misioneros de la primera hora, que tuvieron la gracia de conocerlo personalmente, y por multitud de personas de su tiempo que, de diversas maneras, habían entrado en contacto con él. A veces, sin embargo, parece que esta característica es algo exclusivamente personal, destinado a seguir siendo el rasgo típico de su persona, pero de alguna manera no transmisible a las generaciones posteriores, porque es único e irrepetible. De hecho, si se observa la enseñanza carismática de Allamano, no se puede dejar de notar que su visión de la misión estaba profundamente marcada por una perspectiva decididamente espiritual y que quería esta misma perspectiva para sus misioneros. También tenemos

las fuentes para afirmar que deseaba para nosotros una interpretación auténticamente espiritual de nuestra vida y acción misionera. No es este el lugar para explorar la abundante doctrina misionera y espiritual del Fundador sobre este tema, pero es algo conocido por todos nosotros y evidente que para él la misión y la espiritualidad estaban tan entrelazadas que se fundían en un solo movimiento del corazón.

El contacto con el pueblo de Mongolia nos está haciendo sentir de primera mano lo apropiado que es pensar en la misión en estos términos. No es el alcance de los brazos, aunque tenga éxito, ni la multiplicación de obras y proyectos, tal vez a riesgo de perder la lucidez y la verdadera humanidad, sino la unión profunda con Dios que nos envía, es lo que marca la diferencia en nuestra vivencia de la misión. Por supuesto, la promoción humana sigue siendo parte de nuestra identidad y, de hecho, nos comprometemos con todas nuestras fuerzas a aliviar el sufrimiento de la humanidad herida y a promover su crecimiento y madurez. Pero, ¿cómo lo hacemos? ¿Qué es lo que nos anima a entregarnos por el bienestar de los demás sino esa comunión profunda con Jesucristo, alimentada por el diálogo ininterrumpido con Él que tiene lugar en la oración? Pensar que el sentido de nuestra presencia reside en última instancia en un proyecto o iniciativa de este tipo es un engaño sutil, pero que puede llevarnos al desconcierto y a la pérdida de entusiasmo. Lo que hace que todo esto sea bastante evidente son las condiciones mismas del entorno en el que vivimos; Los numerosos problemas jurídicos y prácticos mantienen a raya nuestro orgullo y tal vez nos ayuden a no sobrevalorar nuestras obras, como si fueran suficientes por sí solas para justificar nuestra presencia. En realidad, nuestro estar aquí en Mongolia no termina con lo que hacemos externamente, sino que tiene su significado más profundo en ser una respuesta de amor al Señor que nos envía a ser instrumentos de su amor. Y podemos ser estos instrumentos sólo en la medida en que cultivemos una profunda intimidad con Él en la oración. Al subrayar la dimensión contemplativa de la misión, se justifica el doble movimiento que la caracteriza: ir y volver, ir a los demás y llevar la experiencia a los pies de Aquel que nos envía, gastarnos por un mundo mejor y dejar que el Espíritu nos muestre la dirección de este esfuerzo. En este sentido, la entrega a la oración es en sí misma un acto auténticamente misionero. La oración no es sólo la premisa o conclusión de algo que se haría separadamente de ella, sino que ya está impregnada en sí misma de misión, de un camino concreto de evangelización. Para subrayar este aspecto, las tradiciones espirituales asiáticas vienen en nuestra ayuda, marcadas como están por una visión contemplativa de la realidad.

Redescubrir esta dimensión de la misión es también fruto de una verdadera inculturación en la realidad que nos acoge. Son nuestros propios amigos mongoles los que nos dicen que lo que esperan de una institución religiosa como la Iglesia Católica no es tanto la solución de algunos problemas prácticos; Se tiene en cuenta que este podría ser el germen inicial de un interés por acercarse a nuestros ambientes, pero la expectativa de nosotros los misioneros es que seamos realmente capaces de ayudar a aquellos que quieren entrar en una relación personal con ese Dios que anunciamos y que ejerce una gran fascinación sobre ellos. Si estamos dispuestos a escuchar este grito silencioso de los que nos rodean, no podemos dejar de reevaluar al máximo la dimensión contemplativa de la misión y asegurarnos de que el diálogo con Dios buscado y cultivado en la vida cotidiana -a nivel personal y comunitario- se expanda y modele también nuestro trabajo, convirtiéndose en una atracción para el Evangelio y para la vida nueva que promete. Que la vida de auténtica contemplación cristiana sea en sí misma un camino de evangelización parece atribuirse también a la doctrina misionera de nuestro Fundador y, por tanto, forma parte de nuestra identidad carismática.

7. Lo que el contexto nos pide

Visto desde la perspectiva de las contribuciones que las culturas encontradas en la misión dan a nuestro carisma, el discurso para Mongolia podría resumirse en algunas de las peticiones que la cultura local nos hace a los misioneros. Ser misioneros en Mongolia requiere, ante todo, la disponibilidad para entrar en procesos largos, que tardan mucho tiempo en llevarse a cabo armoniosamente y con resultados positivos. El idioma en sí mismo, como ocurre con casi toda Asia,

es en sí mismo un desafío considerable, dada su originalidad y complejidad. Más lento aún es el proceso de integración gradual en el mundo cultural, que presupone un adecuado conocimiento de las referencias espirituales que distinguen a este pueblo. Ligado a esto hay una demanda inherente de autenticidad por parte de los mongoles, que no se conforman con medias verdades y menos aún con verlas encarnadas en quienes las proponen. En una palabra, se podría decir que Mongolia nos pide a los misioneros que tengamos una fuerte identificación con el mensaje que nos proponemos presentar, encarnado en la espiritualidad cristiana más genuina.

A partir de estas consideraciones, tal vez se pueda intuir la opción de proponer la misión como "susurrar el Evangelio al corazón de una cultura". La misión reúne diferentes mundos culturales, desencadena procesos de diálogo y crea relaciones dentro de las cuales se llega de alguna manera a compartir la fe, o al menos a ofrecer su belleza. La adhesión a la fe sigue siendo siempre un misterio, profundamente entrelazado con la libertad individual, que a su vez se ve afectada por toda una serie de condicionamientos culturales; sin embargo, vale la pena trabajar para crear al menos las condiciones para que las personas entren en contacto efectivo con el Evangelio de Cristo. ¿No es este el centro de la misión? Para lograr este objetivo, la dimensión de la profundidad y el valor de las relaciones personales son dos puntos fijos que nos da nuestro carisma. En la confianza que se crea cuando las relaciones son auténticas y profundas, es posible reconocer también el escándalo que la cruz representa para toda cultura humana; el Evangelio susurrado al corazón de una cultura toca sus fibras más profundas, sin poder evitar las reacciones que se producirán. Esto es también fidelidad al mandato del Señor, que no aseguró a sus discípulos que todos reconocerían y acogerían su mensaje, sino que estaría con ellos también en estos delicados procesos de encuentro y testimonio. A nosotros nos corresponde permanecer y crecer en esa relación íntima con ÉL, que es la única que puede sostener nuestro compromiso misionero y convertirnos en instrumentos de verdadero consuelo.

OBSERVACIONES FINALES

A partir de su experiencia misionera en Mongolia, el carisma del beato José Allamano parece estar dotado de una serie de prerrogativas que se adaptan bien a las culturas asiáticas. El que encarnó y deseó para sus hijos e hijas es precisamente un estilo misionero marcado por algunas características que son particularmente apreciadas en Mongolia: profundidad, paciencia, gradualidad, atención a la persona, delicadeza, fuerte espiritualidad, comunión. Con este patrimonio de valores fundacionales, los misioneros de la Consolata pueden dar una contribución significativa a la evangelización en Mongolia. El mundo invisible que identifica a este pueblo se irá familiarizando poco a poco y abrirá sus tesoros a quienes sepan acogerlo y conocerlo. De este modo, los cristianos de primera generación que animan esta Iglesia particular podrán aprovechar este rico patrimonio espiritual para vivir y expresar su nueva identidad en Cristo, convirtiéndose en protagonistas de ese proceso de inculturación que es siempre necesario para la causa del Evangelio.

93 El antropólogo estadounidense Edward T. Hall comenzó a proponer la imagen del iceberg en su libro *Más allá de la cultura*, publicado en 1976. Desde entonces, muchos otros especialistas se han referido a esa imagen. Véase R. M. Paige, *Cross-cultural Orientation: New Conceptualizations and Applications*, University Press of America, Lanham MA 1986, pág. 136.444 milímetros

94 En este sentido, son muy interesantes las reflexiones del investigador holandés Geert Hofstede, que ha dedicado toda su vida a estudiar las dinámicas del encuentro intercultural. Recientemente (febrero de 2020), su legado de pensamiento fue retomado por uno de sus hijos, Gert-Jan. Para una visión general de sus reflexiones, cf. G. Hofstede, *Culture's Consequences: Comparing Values, Behaviors, Institutions and Organizations Across Nations*, Sage Publications, Londres 2003.